

## PERIPLO A UN CENTENARIO

FRANKLIN FERNANDEZ

En este acto académico recordatorio del primer centenario de la introducción del método antiséptico en cirugía, cúmpleme el privilegio de presentar una imagen prístina de su genial creador, John Lister, en sus más genuinas dimensiones culturales, como expresión cabal de un valor señero y perdurable. Lo haré sumariamente, a la medida de mi capacidad, en una perspectiva personal, con la auténtica sinceridad de quien no pretende distorsionar la realidad histórica de una vida célebre.

Su concepción revolucionaria para la terapéutica quirúrgica de la época, no fue producto del azar. Una formación médica laboriosa y ardua precedió su hallazgo, y lentas horas de observación minuciosa de los hechos, de análisis crítico de las relaciones que los condicionaban, de estudio, y de profunda meditación, fueron parte considerable del brillante éxito que coronó una tenaz indagación. Pero Lister fue sobre todo un médico con alma generosa y abnegada, acrisolado desde su hogar en la severa disciplina de una ascesis como medio para un fin alto, y demostró comprensión singular por el hombre enfermo y angustiado —hay pruebas irrecusables de este aserto—, juzgándolo como a un hermano urgido de ayuda técnica y moral a quién nunca debía desoírse.

Hasta entonces, la infección era la secuela obligada de las diéresis operatorias efectuadas en pabellones quirúrgicos primitivos y contaminados al máximo con gérmenes sépticos altamente virulentos. La mortalidad, elevadísima, alcanzaba cifras aterradoras en los hospitales de sangre próximos a la línea de fuego durante las guerras. Baste citar la estadística del ejército francés durante la conflagración franco-prusiana referente a las amputaciones en general, de 13.173, hubo 10.006 muertes. Y esto sucedía desde la más remota antigüedad. Es verdad que algunos médicos eminentes, desde los albores de la medicina, atormentados por esta maldición, lucharon de un modo u otro para combatir con alguna eficacia la tan temida complicación, pagando, muchos, el precio de sus vidas en la empresa, pero sus esfuerzos fueron estériles, o apenas parciales y muy incompletos, o su acción fue combatida violenta y arteramente hasta quedar paralizada, y nadie vislumbraba aún el remedio eficaz.

Al decir de sus más calificados biógrafos, Lister no alcanzó la certeza científica del carácter patogénico preciso de la enfermedad que trataba de evitar con el empleo de su método preventivo, esto es, la sepsis, si transferimos a aquélla su concepto clínico, bacteriológico y fisiopatológico actual. Tampoco fue el primero en usar el ácido fénico o carbólico en medicina como lo reconoció él mismo hidalga y documentalmente. Pero tuvo la decisión inquebrantable de adherir a la doctrina sostenida y demostrada por Pasteur, de que las putrefacciones e infecciones humanas eran ocasionadas por los gérmenes del aire que contaminaban las heridas y se reproducían vertiginosamente en el seno de los tejidos, produciendo sustancias que intoxicaban con rapidez al paciente, provocándole cuadros gravísimos que invariablemente determinaban su muerte. Así, correlacionando el antecedente microbiológico vectorizado por el aire con su efecto patológico en el huésped, surgió su idea de actuar bajo los efectos de una nebulización adecuada y continua del antiséptico que, abarcando el campo operatorio, los cirujanos y ayudantes, impregnara el ámbito quirúrgico útil para destruir los agentes patógenos. Era el paso decisivo. La cirugía progresaría con rapidez, seguridad y precisión, con posibilidades inéditas. Ni aún hoy podemos entrever su porvenir.

A Lister se le describe físicamente, durante su apogeo, como un personaje alto, esbelto, de ojos castaños, de porte distinguido, hermético e introvertido, retraído y casi inaccesible. Hablaba con lentitud, espaciando y modulando sus palabras. Sabemos que desde su niñez le aquejó una dislalia penosa que logró vencer gracias a su extraordinario carácter y a una torturante autoeducación, de ahí tal vez que sus vínculos afectivos personales se proyectaran aparentemente sólo hacia su padre, su esposa y a uno que otro amigo, quizás por timidez defensiva ante el peligro de que su voz pudiera claudicar agudamente por contrariedades inevitables durante las conversaciones triviales de una vida activa. Sin embargo, en la actuación profesional y en la docencia, su dicción era límpida y su elocución precisa, y los centenares de alumnos que acudieron a diario a sus aulas en Edimburgo y Londres fueron la prueba concluyente de sus relevantes dotes de maestro consumado y seguro de sí mismo. Nunca eludió a sus adversarios, aceptando con franqueza sus críticas. Reconocía sus méritos, y encontraba en la oposición a sus principios un acicate para mayores esfuerzos en pro del saber científico.

En plenitud, con todos los bienes apetecibles, en el pináculo de la fama, los honores le agobiaron literalmente, y pudo disfrutar los premios merecidos sabiendo que su obra bienhechora se difundía con rapidez por los países civilizados, privilegio que pocos

creadores alcanzan en vida. Cuenta la tradición que rehusó la presidencia del Royal College of Surgeons —máxima distinción para un cirujano inglés—, que debía corresponderle en 1888, y también su nominación para el premio Nobel de Medicina. Nunca se sabrá el porqué y tampoco hay documentos escritos al respecto.

Su amistad personal y científica con Pasteur fue famosa. Aunados por la misma materia de una labor y por la misma aspiración de una labor, indagaron incansablemente en pos de una verdad con la decisión y el coraje de quienes están convencidos por la razón y la fé —que fuera en ellos incommovible—, de que su logro redundaría en beneficio físico y moral de muchos de sus semejantes. El momento culminante llegó el 27 de diciembre de 1892, en el aula magna de la Sorbona donde, con ocasión del jubileo de Pasteur en solemne acto público presidido por Sady Carnot, Presidente de Francia, ambos se abrazaron estrechamente en el estrado de honor, ante el aplauso emocionado de la más selecta intelectualidad del mundo, reconociéndose mutua y noblemente su aporte al progreso y bienestar humano.

Lister y Pasteur cumplieron vidas cuyo superior paralelismo es digno de las páginas de Plutarco. Ambos fueron hombres osados, fuertes, de áspera firmeza impuesta como sello indeleble por la tierra donde nacieron. No se arredraron ante obstáculos que hubieran parecido insuperables a otros hombres y a otros temples. Sus mentes eran penetrantes, sus miradas agudas y serenas, con una intuición privilegiada —en el más plenario sentido de la inmortal concepción platónica—, que veían las cosas, los hechos y los hombres desde lejos con una claridad diáfana. En su visión lúcida del fin que se proponían no hubo jamás desaliento cuando los hombres o las circunstancias adversas, a menudo más fuertes y despiadadas que los hombres, obstruyeron sus proyectos. Mientras más graves eran las dificultades, tanto mayor era su confianza para continuar sus obras. Y, si vieron muchas veces muy lejana la meta de su labor, más vigoroso fue el impulso que animó sus espíritus.

Según el bello decir de Lain Entralgo —egregio chileno de España—, las manos del médico que ejerce el arte de la cirugía son hábiles, son sabias y son buenas en su esperanzado y esperanzador quehacer técnico. Mirémoslas, idealizadas en el listeriano, a la distancia, sobre la perspectiva del tiempo. Rugosas, agrietadas y doloridas, bellas y adustas, se elevan a un cielo luminoso en grácil enlace de esbelta solidez, expresando un designio superior a su símbolo. Tendidas hacia lo alto, simples y sobrias, la elocuencia arrebatadora de su mensaje resonará siempre en los oídos de los cirujanos del presente y del porvenir.

Es tópicos que periplo, voz griega, significa circunnavegación. Los geógrafos helenos primitivos compusieron textos y mapas elementales designados "límenes" y "periplos" mencionados por los tratados posteriores, hasta en la obra clásica de Estrabón, donde se dan consejos útiles para navegar bien.

Se circunnavega en torno a un litoral en un barco y, por lo menos, con un navegante que investiga. El viaje es lento para mirar mejor. Los aparatos de observación, aún óptimos, tienen campos reducidos y son menos eficientes que el ojo desnudo y la mente alerta. El panorama se ve en escorzo. No puede seguirse una ruta costera observacional perfecta. Los soldados del mar que gobiernan la nave saben por amarga experiencia que hay siempre escollos desconocidos y los evitan instintivamente para no zozobrar. En el horizonte próximo de la tierra distante se descubren de pronto las cosas que realzan más, montañas, hondonadas, manchas que puedan ser ciudades o bosques o torrentes, obras humanas o caprichos de la naturaleza.

Ahora, cumplamos un periplo imaginario por el mundo europeo de un siglo atrás. Los relieves topográficos han cambiado poco, pero sorprendidos, comprobaremos aterrados, el derrumbe casi total de una civilización: los postulados axiológicos que fueran férreos pilares de estructuras semiestancadas saltan a pedazos; los hombres reivindican su propia dignidad con una alegría y convicción sólo comparable a la de Carnéades, el maestro de la Academia Nueva; los artefactos fabriles y domésticos son reemplazados por máquinas extrañas; la operativa de los números se debate en una crisis sin paralelo que la matemática moderna puede resolver; se combate y se defiende con furor la libertad humana; se aseguran científicamente más que nunca la vida y la salud por algunos iluminados generosos o se las destruye en masa por tiranos irracionales; el hombre que con plena conciencia o inconciencia confirma o niega rabiosamente a Dios, crea cotas siderales para nuevos valores. Son los síntomas apocalípticos del ocaso de una época y del nacimiento de nuevos entes a la civilización y a la cultura con el brillo cegador del estallido de una supernova.

Nuestro periplo fue ha cien años, un siglo. Los siglos son largos períodos. Durante sus transcurso, de tiempo en tiempo, hubo acontecimientos que decidieron el sentido del devenir humano desde su amanecer.

Se adquirió la razón y la palabra, abandonándose la magia. Se descubrió el fuego y el átomo, y el espacio y la materia se han comprendido algo y dominado a medias. La barbarie ha sido rechazada una y otra vez.

Surgieron la cultura y sus problemas. Muchos, son viejos cual el hombre, el fanatismo, la mendacidad, el pavor, la esclavitud. Otros, recientes como la angustia y la vesania de conquistar la vida y el tiempo. Los habrá quizá siempre, en la medida en que el hombre sea incapaz de aprehenderla y concebirla, y alucinado por la vanagloria de su aparente grandeza continúe desviándose hacia sendas prohibidas que le conducen a laberintos donde revierte el monstruo.

Numerosos legados: antiguos, bellos, sabios y nobles, tendrán vigencia mientras perdure la humanidad, como la Apología de Sócrates el Ateniense escrita por Platón hace 2300 años cuya perfección no ha sido aún superada.

No menos monumentos contemporáneos de ayer y de hoy son también perennes, tales los filosóficos, científicos y artísticos de una ingente pléyade, y acrecen de continuo nuestro patrimonio perfectivo.

Ahora, la humanidad afronta una nueva barbarización que no distingue entre espíritu y materia, moral y biología, técnica y razón y mide la vida sólo por modelos científicos mensurables cuyo conocimiento es lo único decisivo. El esfuerzo dramático y titánico de la cultura militante será, de nuevo, señalar al hombre de hoy el sentido trascendente del saber y de sus valores imperecederos y universales.

Sean los versos soberbios y hermosos de Píndaro el digno y sobrio homenaje de gratitud a los forjadores de nuestro acervo más preciado:

### NEMEA III

*La victoria del héroe Heleno en los juegos de paz  
reclama ante todo el poema triunfal.  
por ser el excelso gemelo del valor y el laurel. . .  
Un bálsamo suave ha curado sus crueles heridas  
que fuera llevado por la Diosa Victoria  
de los valles profundos y bellos de la tierra Nemea. . .  
La gloria tiene su pleno valor cuando es innata,  
quien sólo posee lo que ha aprendido  
es hombre indeciso y oscuro.  
Jamás avanza con pié certero,  
apenas si capta con débil espíritu  
las mil cosas altas.*

